



Comentario bibliográfico

Zanet Battinou, *Corpus Inscriptionum Judaicarum Graeciae* (Atenas: The Jewish Museum of Greece, 2018).

Rodrigo Laham Cohen

Universidad de Buenos Aires / CONICET / Universidad Nacional de San Martín

r_lahamcohen@hotmail.com

Fecha de recepción: 28/05/2019

Fecha de aprobación: 06/06/2019

Siempre es bienvenido un *corpus* epigráfico porque pone a disposición de estudiosos y estudiosas una herramienta fundamental. Tener compiladas las inscripciones de cierta área geográfica o colectivo específico habilita múltiples lecturas e interpretaciones que serían imposibles si uno tuviera que inspeccionar sitios arqueológicos y museos.

Soy un convencido de que la epigrafía es una herramienta fundamental para el estudio de cualquier período histórico. Por supuesto que en algunas coordenadas espacio-temporales no es indispensable. Por ejemplo, podemos analizar la caída de la Unión Soviética sin necesidad de analizar las inscripciones en superficies duras. Ahora bien, cuando retrocedemos en el tiempo y los textos no epigráficos comienzan a mermar, la necesidad de la epigrafía crece. Es cierto que se

puede estudiar la vida de César sin apelar a las inscripciones; pero prescindir de estas ya implica una pérdida importante de capacidad interpretativa.

Hay casos en los cuales los repertorios epigráficos son ineludibles para intentar reconstruir la vida de ciertos colectivos. El caso de los judíos diaspóricos en la Antigüedad Tardía es, precisamente, un ejemplo claro. Cuando Flavio Josefo plasmó las últimas palabras en Roma no sabía, probablemente, que sería uno de los últimos judíos —en un lapso de novecientos años— en escribir textos fuera de Palestina y Mesopotamia (y en menor medida Egipto). Claro que la ausencia de obras que hayan llegado a nuestro presente puede deberse tanto a una decisión especial de los diversos grupos judíos como a la pérdida de material que fue escrito y luego —por esa siempre impredecible combinación de poder y azar— se perdió. Pero más allá de las razones que elucubremos, lo cierto es que la mayoría de las voces de los judíos tardoantiguos diaspóricos no llegaron a nosotros.

Algunos ecos arribaron, sí. En Egipto, como adelanté, se ha encontrado un *corpus* papirológico valioso, aunque escaso. En las fuentes cristianas, a su vez, se filtraron voces judías pero, claramente, desde un prisma polémico y deliberadamente distorsionado.

La epigrafía, entonces, emerge como una de las pocas posibilidades que tenemos de escuchar algo de algunos colectivos judíos tardoantiguos. Las piedras que hablan son potentes. Contienen mensajes que quedaron allí, inmutables, desde el momento en el que el grabador marcó la piedra con su cincel. A diferencia de los textos escritos, mediados por copistas que pudieron haberse equivocado o intervenido abiertamente el texto, el mensaje grabado en una superficie dura surca los siglos sin mutaciones. Puede perder porciones y, más grave, ser extirpado de su contexto original, pero las palabras no mutan. Si bien no hay que exagerar en términos de representatividad (no todos podían proveer lápidas para sus familiares) los restos epigráficos nos ofrecen una variedad mayor de posiciones sociales. Los grafitis, incluso, pueden acercarnos aún más a aquella siempre mentada pero difícil historia de “los de abajo”¹.

1 Vale mentar, en este sentido, el valioso y reciente trabajo de Karen Stern, *Writing on the Wall. Graffiti and the Forgotten Jews of Antiquity* (Princeton: Princeton University Press, 2018).

El *Corpus Inscriptionum Judaicarum Graeciae* (CIJG desde aquí) nos revela 103 inscripciones provenientes del actual territorio griego. El recorte geográfico de base nacional es ciertamente arbitrario si pensamos que las inscripciones recolectadas comienzan en el IV a.C. y finalizan en el XV d.C., temporalidades donde las fronteras del actual Estado griego obviamente no existían. Sin embargo, el carácter precisamente nacional de la iniciativa —proviene de un pedido del Museo judío de Grecia al Ministerio de Cultura y Deportes— torna comprensibles los límites autoimpuestos por quienes llevaron adelante la obra.

Dado que mi interés está siempre en la Antigüedad Tardía no puedo evitar centrar mis ojos en las inscripciones de tal período. Para mi fortuna, representan la gran mayoría del *corpus*. En efecto el espacio griego es muy rico en términos de epigrafía y arqueología judía tardoantigua por lo que la compilación tiene un altísimo potencial como herramienta para trabajos futuros, si bien, como repetiré luego, la gran mayoría de las inscripciones tardoantiguas ya se encontraban registradas en compilaciones previas. Antes de pasar a hablar de las inscripciones colectadas valgan algunas apreciaciones generales de la obra.

Primero, lo material. La calidad del libro, en relación con la encuadernación, el tipo de hoja y la calidad de impresión es excelente. Las imágenes son útiles y bellas. Es cómodo, además, porque en los márgenes superiores aparece, a modo de señalador, el nombre de cada inscripción coloreado según la zona a la que pertenece. Precisamente las inscripciones están organizadas según regiones griegas: Epiro, Tesalia, Creta, Macedonia, islas del Egeo, Peloponeso y Grecia central. Algunas veces el lector puede desconcertarse porque las transiciones entre regiones no están claramente marcadas, pero es un detalle menor. Por otra parte, es algo desprolijo que solo algunas zonas y ciudades (Epiro, Corinto) tengan introducciones propias y otras no. Terminando con las (mínimas) quejas, existen algunos errores de tipeo y algunos problemas con las transcripciones del hebreo que podrían ser subsanados en ediciones posteriores. El libro está en dos idiomas, divididos en columnas: griego e inglés.

La introducción es breve pero adecuada y fue escrita por una de las investigadoras que participó en la obra: la arqueóloga Anastasia Loudarou. Es breve porque uno esperaría un análisis profundo y extenso, pero ciertamente armar un *corpus* epigráfico es una tarea que vale por sí

misma. No solo es valioso el trabajo, sino que muchas veces es poco reconocido. En todo caso, el CIJG nos ofrece una nueva herramienta y deja en nuestras manos la tarea de interpretar. Loudarou comienza repasando las compilaciones previas sobre epigrafía judía. Menciona como antecedentes al célebre *Corpus Inscriptionum Judaicarum* (CIJ) de Frey² y la versión mejorada por Lifshitz (CIJ2)³. En relación con Grecia nos lleva desde la general *Monumenta Asiae Minoris Antiqua* hasta la más actual y fundamental *Inscriptiones Judaicae Orientis* (IJO), editada por Noy, Panayotov y Bloedhorn⁴. Es de remarcar que los autores y autoras que contribuyeron con la interpretación de las inscripciones refieren en muchísimas ocasiones a este último *corpus* y, en menor medida, al CIJ. Ello es correcto, dada la importancia de tales trabajos, pero por momentos dejan al lector con el deseo de que quienes armaron el CIJG se animen a sus propias interpretaciones. En ocasiones también reenvían a artículos o libros para zanjar ciertas discusiones sin realizar un análisis propio, perdiendo el libro, así, autosuficiencia. Vale decir que son pocas las inscripciones nuevas que incorpora el CIJG respecto de compilaciones previas, aspecto que puede corroborarse en el índice de concordancias.

Es un gran mérito de Loudarou reconocer rápidamente el principal problema de la epigrafía judía “griega”: la mayor parte de las inscripciones fue hallada fuera de sus contextos originales, generalmente en un segundo uso. Así, por ejemplo, CIJG 82 apareció en al Ágora romana de Atenas, pero como material de construcción del piso de un negocio de tal espacio. La inscripción nos confirma, entonces, que hubo judíos en la región, pero nos dice poco del lugar donde estaban enterrados o de los sitios de habitación de la comunidad.

El hecho de que la mayoría de las inscripciones no fuera hallada en su sitio original nos genera un problema aún más grave. Solo se pueden reconocer como judías las inscripciones con marcadores identitarios judíos explícitos. El peligro, claramente, es creer que la mayoría de los judíos se llamaban José, utilizaban la Menorá como emblema y tendían a escribir *shalom*. Por lo

2 Jean-Baptiste Frey, *Corpus Inscriptionum Judaicarum* (Vaticano: Pontificio Istituto di Archeologia Cristiana, 1936-1952).

3 Jean-Baptiste Frey y Baruch Lifshitz, *Corpus Inscriptionum Judaicarum* (Nueva York: Ktav, 1975).

4 David Noy, Alexander Panayotov y Hanswulf Bloedhorn, eds. *Inscriptiones Judaicae Orientis. Band I Eastern Europe* (Tubinga: Mohr Siebek, 2004).

tanto, la interpretación acrítica de la evidencia epigráfica de la región griega nos podría llevar a pensar que los judíos se diferenciaban plenamente de otros grupos y hacían continuamente gala de ello en sus inscripciones. Este fenómeno solo puede ser evitado cuando detectamos un sitio de enterramiento judío tal como las catacumbas judías de Roma donde, al lado de Isaac yacía Aurelio, cuyos familiares solo decidieron atestiguar su nombre romano y edad de muerte. Si la lápida de Aurelio hubiese sido encontrada en una pared, en un uso secundario, hubiese quedado afuera de nuestra compilación y no hubiese sido pensado como un judío⁵.

Es que la clasificación de una inscripción como judía es gran parte del trabajo de quienes arman estos monumentales *corpora*. Así, Noy dejó afuera lápidas que Frey había considerado judías e incorporó otras que aquel había desechado. Loudarou es, en tal sentido, clara: “La identificación de estas inscripciones como judías resultó una cuestión central de la presente publicación” (p. 18)⁶. Revisa, además, los criterios utilizados por quienes antecedieron al CIJG en la compilación de inscripciones judías y acepta que el equipo de investigación utilizó la mayoría de tales criterios. En la práctica, el CIJG considera judías las inscripciones con iconografía judía explícita (*Menorá, Etrog, Lulav, etc.*), aquellas con nombres asociados generalmente al judaísmo, las que poseen cargos o títulos también emparentados con el judaísmo y, no menos importante, las que emplean ciertas fórmulas que se repiten en epitafios claramente identificados como judíos. Bien aceptan las autoras y los autores de la compilación que ninguno de estos criterios es infalible, pero —coincido con ellos— algún criterio hay que utilizar al momento de armar este tipo de *corpora*.

Una advertencia que, creo, los que hacemos historia judía debemos repetirnos continuamente: es peligroso trabajar *exclusivamente* con evidencia producida por judíos y judías; en este caso, epigrafía. Podemos creer que hay fenómenos exclusivamente judíos cuando, si abrimos el panorama, se verifican en otros colectivos religiosos. Podemos creer que los judíos escriben mal o poseen un dialecto propio cuando en realidad son parte de la misma mutación del lenguaje detectable en epitafios no judíos.

5 Es cierto que existe el peligro que en las catacumbas judías de Roma no se hayan enterrado exclusivamente judíos, hecho que ha sido marcado por ciertos investigadores. Creo, sin embargo, que no hay pruebas claras, aún, para dudar del carácter judío de tales catacumbas.

6 La traducción es mía.

La autora de la introducción da un paso más y realiza algún tipo de interpretación general. Sostiene, por ejemplo, que desde los siglos VII y VIII solo el hebreo es utilizado en la epigrafía. Coincido en líneas generales con esta lectura dado que el fenómeno se verifica claramente en Italia, región que conozco mejor. Pero me atrevo a dudar de la datación exacta de este proceso de hebraización en la zona griega ya que en el propio CIJG no hay lápidas exclusivamente en hebreo hasta el siglo XII. En tal sentido, nos faltan eslabones en el medio que permitan verificar cuándo las comunidades judías griegas se hebraizaron. En Italia tenemos, por suerte, las lápidas venosinas del IX (y, más polémicas, las tarentinas supuestamente datadas entre el VIII y el IX) que ya confirman la hebraización (y rabinización, por la presencia de textos talmúdicos) de la región. Pero en Grecia, al menos lo que nos muestra el CIJG, solo tenemos uso de griego (y mínimo del hebreo) hasta el VI y luego un silencio que se rompe en siglos muy tardíos con la aparición del hebreo. ¿Qué pasó entre los siglos VI y XII? No es este el espacio para responderlo, pero existen muchas posibilidades. Se podría argumentar, incluso, que hay lápidas judías del período sin hebreo (ni marcadores explícitos) que han quedado fuera del registro. Pero no soy un experto en el área griega y debería, como dije antes, cotejar con el estado de la epigrafía no judía del período en igual región.

Loudarou resalta correctamente que los artefactos, restos arqueológicos e inscripciones judías fueron construidos con las mismas técnicas que los no judíos, acorde al estilo de cada región. Este aspecto, visible también en la epigrafía y arqueología itálicas, nos recuerda una vez más que debemos dejar atrás —de una vez por todas— la noción de aislamiento (o, al menos, de aislamiento extremo).

Luego de la introducción aparece un bello mapa a color del actual Estado griego (p. 24) donde se nos muestran las regiones en las que está dividido el libro y la disposición geográfica de las inscripciones y restos arqueológicos compilados.

Los ítems que aparecen en cada inscripción son los siguientes: número de catalogación en el CIJG; número de inventario de la institución donde está atesorado (en caso de existir); tipo de objeto donde está la inscripción (tumba, lámpara, amuleto, etc.); proveniencia; material; dimensiones; lengua; descripción; texto; comentario; títulos y cargos; datación; bibliografía. Es muy

interesante que los compiladores y las compiladoras hayan establecido el apartado “títulos y cargos” dado que es una herramienta muy útil al momento de imaginar (digo imaginar porque estamos lejos de tener indicios claros) cómo se organizaban los colectivos judíos. Vale decir, de paso, que ningún rabino aparece antes del segundo milenio, recordándonos la lentitud del proceso de rabinización de Europa.

Es una pena que en la columna destinada al inglés se repita el mismo texto griego de la inscripción original. Hubiese esperado, tal como lo hizo Noy, una traducción del texto dado que también es parte de una labor interpretativa. El hebreo, en cambio, sí está traducido.

Cada inscripción tiene anotado el nombre de quien hizo el análisis en CIJG. Vale la pena, dado que su labor es loable, citar a todos y a todas: Angeliki Koukouvou, Socrates Koursoumis, Nicholas de Lange, Anastasia Loudarou, Anna Missailidou, Zanet Battinou, Jonathan Price, Paschalis Stantzouris, Nikos Tsoniotis y Anastasia Chrysostomou. A excepción de De Lange y Price, son arqueólogos y arqueólogas.

Obviamente no tiene sentido analizar una a una las inscripciones. Baste, para esta reseña, señalar algunos aspectos que me parecen interesantes como tardoantiquista.

1. La mayor parte de las dataciones tardoantiguas son aproximadas, tal como sucede en general con la epigrafía judía del período a causa de la falta de marcadores explícitos.
2. Como adelantemos, uno se topa con muchísimas *menoroth*, corriendo el riesgo de creer que los judíos de la región utilizaban continuamente iconografía específicamente judía. Aparecen otros elementos como pájaros, pero sin dudas el repertorio judío tardoantiguo es el que más se visibiliza (nuevamente, producto de ser un elemento de detección).
3. CIJG 32 nombra a una archisinagoga y a una presbítera. Mucho se ha debatido sobre esta inscripción y no es este el lugar para definirlo. Loudarou, quien analiza la inscripción, hace un análisis somero, pero nos reenvía a los textos fundamentales que han intentado echar luz sobre estos cargos.

4. CIJG 53 presenta el extraño cargo de *mellopresbiteros* o sea, tal como entiende quien analiza la inscripción, Angeliki Koukouvou (quién nos reenvía a sus propios textos), el presbítero elegido para el año siguiente.
5. El CIJG incorpora a los samaritanos en la compilación. Entiendo que en ocasiones la identidad es ambigua, pero me parece que habría que justificar esta incorporación.
6. CIJG 65 y 66 son dos inscripciones maravillosas dado que se trata de textos tallados en piedras sobre la costa. No se encuentran solas, sino en medio de muchas otras (no judías). Todas refieren a marineros, confirmando una vez más⁷ la existencia de marinos judíos en particular y la dedicación a múltiples actividades económicas por parte de judíos en el período en general.
7. CIGJ 69 menciona a patriarcas, etnarcas y sabios, llevándonos una vez más a reflexionar sobre cómo se organizaban los colectivos judíos. Mucho se ha escrito sobre la existencia de patriarcas en plural⁸ y entiendo que se debe seguir investigando en esta línea.
8. CIJG 96 es la famosa y bella inscripción de Moscos. El texto narra que el judío Moscos, hijo de Mosquión, había sido manumitido y estaba realizando un rito de incubación en un santuario pagano ubicado en Oropos. Es además, la referencia más antigua a judíos en Grecia ya que es de ca. 300 a.C.
9. Los restos de tres sinagogas (todas con inscripciones) son analizados: Egina, Delos y Quíos. Dada la escasez de testimonios arqueológicos judíos en la Antigüedad Tardía, se hubiese

7 Gregorio Magno sostiene que el judío Nostamnus poseía un barco en *Registrum*, IX, 40 [octubre, 598]. Gregorio de Tours refiere explícitamente a marinos judíos en un milagro narrado en *Libri historiarum*, VII, 23, 9-11; 16-18. Ciertamente el obispo de Tours pudo haber construido el relato pero, al menos en su concepción, la noción de marinos judíos era verosímil. Sobre este tema, en general, véase a Sarah Arenson, "Medieval Jewish Seafaring between East and West", *Mediterranean Historical Review* 15, no. 1 (2000): 33-44.

8 En *C.Th.* 16.8.1 aparece una mención a patriarcas y mayores difícil de interpretar. Si la referencia a patriarcas es a la dinastía de patriarcas de Tiberías o se trata de patriarcas menores en distintas sinagogas es difícil de establecer si bien la evidencia para esta última tesis es endeble. Véase Amnon Linder, *The Jews in Roman Imperial Legislation* (Detroit: Wayne State University Press, 1987), 130. Véase también Capucine Nemo-Pekelman, "Pouvoir et réseaux des juges juifs dans les provinces orientales de l'Empire Romain. À propos de la constitution XVI, 8, 9 d code Théodosien (17 Avril 392)", en *Réseaux sociaux et contraintes dans l'Antiquité Tardive: Actes de la journée d'études; (Université de Paris Ouest Nanterre La Défense, 27 juin 2013)*, ed. Ariane Bodin y Tiphaine Moreau (París: RET, 2014), 289-304.

esperado un análisis más extenso de estas tres casas de culto, sobre todo porque todas son valiosas. Egina es la más típica, pero Delos ha generado múltiples debates en torno a si fue efectivamente una sinagoga (judía o samaritana en caso de serlo) y Quíos fue descubierta recientemente, por lo que hubiese sido una buena oportunidad para adelantar conclusiones de trabajos que, como se indica en la propia entrada dedicada a la sinagoga, están en prensa.

El libro se cierra con un apéndice que contiene imágenes de restos epigráficos posteriores al 1500, la lista de abreviaturas, la bibliografía y un conjunto de índices. Estos últimos son muy útiles dado que nos permiten buscar por nombre, tipo de inscripción, título y cargo, sinagoga, lengua, iconografía y concordancia con *corpora* previos.

Celebro, entonces, la aparición de esta nueva obra que vuelve a mostrarnos la utilidad de la epigrafía para recuperar la historia de personas de las cuales los copistas no han dejado relatos.